

PICARDIAS

50
cts



La
virtud
de
Zouzanne

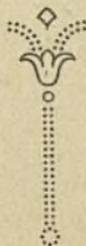


LA VIRTUD DE ZOUZANNE

PICARDIAS

7

LA VIRTUD DE ZOUZANNE



PRENSA MODERNA

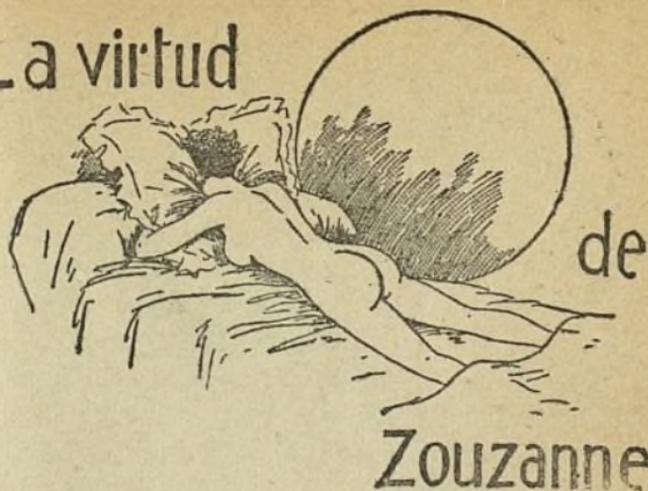
Larra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID

La virtud



Saliendo de su profunda meditación, Zouzanne murmuró :
—No puedo conservar esto ya más tiempo... Parecería demasiado ridícula.

No se trataba, como podría creerse, de un sombrero del año anterior, ni de un traje de hacía dos años. Zouzanne se refería a un artículo mucho más antiguo que los nombrados, puesto que tenía ya diecisiete primaveras.

Zouzanne pensaba, al hablar así, en su virtud.

La verdad era que la situación de la jovencita comenzaba a hacerse paradójica, molesta y reprehensible. Porque la moral no debemos olvidar

que no es otra que la obligación de conformarse y ajustarse a las reglas, a las costumbres, a los hábitos que rigen en el ambiente en que se desarrolla la vida de cada uno. En todo tiempo ha habido y habrá, a medida que evolucionan los años y las costumbres, un medio de moral muy diferente. Lo que antiguamente era un crimen, hoy no es más que un pecado venial, y es posible que al cabo de los años llegue a ser un gesto glorioso. Un acto reprehensible entre nosotros en China es una cosa muy natural y hasta loable. Y si el hecho de conservar su virtud hasta los diecisiete años fué algo muy admirable en la antigua Roma—por lo raros que solían darse estos casos precisamente—y si aún se estima, es posible, en Quimper, Cerentín o en La Roche-sur-Yen—, no es menos cierto que es un caso risible, extravagante, anormal, inexplicable, atentatorio a la general costumbre, cuando se ha nacido y se continúa domiciliada en el XX distrito parisiense.

Y he aquí por qué Zouzanne, dotada de una fina naturaleza, poseyendo un agudo sentido de la realidad, creía que estaba llegando a ser una especie de fenómeno ridículo y grotesco, por el hecho de poseer lo que no conservaban las demás muchachas de su edad, algo así como un ternero de cinco patas o un pato de dos picos.

Por eso precisamente le era urgente, normal y

conveniente que Zouzanne perdiera cuanto antes su virtud para no resultar un caso raro.

Creeréis que de sobra habría tenido ocasiones para ello, poseyendo como poseía una linda boca, fresca y rosada, encantadora como toda ella, que dejaba ver por delante y por detrás, sin el menor exceso, todo lo necesario en formas y redondeces para ocupar agradablemente las dos manos de un guapo mozo y hasta alguna otra cosa.

Añadid a esto que Zouzanne no había conocido nunca a su padre, pero que en cambio había podido dar el nombre de papás a unos cuantos señores que, sucesivamente, habían ido ocupando el lecho de su mamá, uno durante tres meses, otro durante tres semanas, éste habíale ocupado tres días, según las fáciles y azarosas casualidades del matrimonio a la goma arábica. Todo los sociólogos están de cuerdo en que las costumbres, tratándose de los pueblos y de sus individuos, no son más que el resultado, inevitable y constante, del instinto de imitación, que eleva a los hombres y al mono sobre los demás animales. Lenguaje, alimentación, manera de vestir, manera de pensar, de hacer, mejor aún otra cosa; todo eso se transmite de padres a hijos, de madres a hijas, sin examen crítico, automáticamente; las modificaciones que se llaman progreso no suelen sucederse más que lentamente, por el detalle más bien que en conjunto. Y tratándose de los sexos, puesto que

los pueblos son polígamos o monógamos, no por deseo de libre elección, sino por tradición, por azar de nacimiento.

Por esto era por lo que Zouzanne consideraba la virtud como una cosa inoportuna, molesta, ridícula, puesto que ésta era la opinión de su ambiente, en general, y en particular de su señora mamá, Sophie Bourbeux, nacida Verduren.

Pues la ladina mamá había acabado por casarse en legítimo matrimonio cuando su hija tenía ya los quince años. A decir verdad, así lo había preferido. En el curso de sus numerosas *liassons*, tan a su gusto hechas como rotas por las menores razones, Sophie había encontrado en su lecho una mañana, sin preocuparse demasiado cómo había sido, un ser del sexo masculino que declaró llamarse Casimir Bourbeux, y ejercer la profesión de pintor de fachadas, particularidad de la cual no dió nunca las menores pruebas.

El quídam propuso, sin los menores reparos, quedarse para prueba por tres meses. Asustada un tanto ante la perspectiva de acostarse durante tanto tiempo con el mismo señor, lo cual no se había repetido en su vida más que tres o cuatro veces, Sophie aceptó. Su papel de buena muchacha se reducía a aceptar lo que propusieran los demás, falta de voluntad y de inteligencia. Así, pues, Sophie sufrió a Casimir como había sufrido a tantos otros, porque las cosas se presentan

así y no de otra forma, sin hacer el menor esfuerzo por reaccionar, y aun menos por reflexionar, para preguntarse si la situación era beneficiosa o, por el contrario, la perjudicaba desde su punto de vista personal.

Sin embargo, Casimir observaba, reflexionaba. Pudo notar que Sophie respondía con todas las cosas al adagio formulado por los árabes, grandes bribones, acostumbrados a sacar de sus compañeras el máximo de rendimiento: «Burra de día, mujer por la noche.» En la cama o en el trabajo, la infatigable Sophie estaba siempre en movimiento. Su compañero sabía aprovecharse de ello, y, sin motivo alguno no cesaba de maltratarla, bien a la hora del placer como a la de las comidas. Casimir cumplía siempre su voluntad, cosa muy notable cuando no se es un hombre de guapo semblante. El llegaba a casa con los bolsillos cuidadosamente vacíos, pues cuando tenía algún dinero sabía ocultarlo dentro de las botas, y Sophie tenía que arreglárselas para alimentarle tres veces al día. Poco importaba que fuera grasa o magro, abundante o escaso, indigesto o ligero, según la oscilante fortuna cotidiana, sin el menor cuidado de higiene ni de régimen. Al menos Casimir no ponía obstáculos a esta cosa digna de tenerse en cuenta tratándose de un bribón de su clase, acostumbrado a usar de lamentables subterfugios para buscarse las alubias.

Añadid a esto que Sophie se mataba a trabajar noche y día, sin cometer jamás la indelicadeza de preguntar a su dueño y señor cómo empleaba sus días. Cosa tonta por otra parte, pues todo el barrio sabía que se los pasaba por entero en el pequeño bar de la esquina, jugando al dominó o al jacquet.

Por otra parte, cuando trataba de disimular, con la destreza de una larga experiencia, el dinero indispensable para la casa, la dulce criatura, en sus horas de opulencia, dejábase fácilmente llevar algunas piezas de uno y dos francos, sin asustarse demasiado de la misteriosa desaparición.

Aunque Casimir le ocultase cuidadosamente las combinaciones equívocas y las sospechosas prácticas de donde sacaba el dinero para sus gastos menudos, no por eso Sophie cometía la indiscreción de preguntarle por qué arte de magia podía volver cuatro o cinco veces por semana completamente bebido a casa, a pesar de que aseguraba que no tenía un solo céntimo para sus gastos. Es posible que fuera porque Casimir, cuando se hallaba bien bebido, era muy amoroso, cosa muy estimable para las mujeres que como Sophie empiezan a enamorarse de forma irremediable.

Los tres meses de prueba se deslizaron sin que Casimir hubiera trabajado un solo día, sin que



Zouzanne miraba el único pantalón que tenía.

hubiera sufrido el menor reproche. Así, pues, un domingo por la mañana dijo de repente :

—Oye, querida mía, sabrás que nos vamos a casar.

—¿Para qué?—preguntó asustada Sophie.

—¡Para hacerlo!—respondió Casimir.

Y entonces se puso a demostrar experimentalmente lo que hacen los señores y las damas unidos por los lazos sagrados del matrimonio legítimo.

Sophie se prestó gustosa a la demostración. Nunca había rehusado semejante cosa a nadie, pero cuando él hubo terminado, dijo ella riendo a carcajadas :

—¡Qué bruto eres!... No hay necesidad de estar casados para hacer eso... Vuelve a empezar, en vez de hablarme de matrimonio... Más vale pensar en cosas serias que decir tonterías.

Casimir comenzó de nuevo, porque en aquellas circunstancias tenía interés en probar su pujanza de hombre vigoroso. Pero cuando hubo cantado su segundo couplet con incontestable virtuosidad, repuso :

—¡Ya te he dicho que esto no puede durar mucho!

—¡Pero si quiero yo que dure aún!—respondió la infatigable Sophie.

—Te estoy hablando seriamente—repuso Casimir—. Y si te hablo de las cualidades purificativas

del matrimonio es por la pudibundez de nuestro honor y de nuestra respetabilidad.

Y pronunciaba palabras llenas de solemnidad, como la mayor parte de los que reconocen el verdadero sentido de su sentencia.

Luego, paseándose por la habitación, se puso a alabar las virtudes del santo conyugo, poniendo de manifiesto las abyecciones del concubinato; en fin, un verdadero discurso, uno poco tardío quizá, pero lleno de la más austera moralidad, realzada por el contraste cómico que formaba su vestimenta, compuesta de un par de babuchas y un chaleco de roja franela que apenas si cubría el ombligo.

Sophie no comprendía gran cosa de todo el discurso, preocupada con la idea de que una tercera demostración práctica le hubiera convencido más que toda aquella charla. Pero Casimir tuvo la suprema habilidad de añadir esta tercera demostración como un argumento irresistible a la peroración de su discurso, pensando quizá que eso sucede todos los días cuando se está casado legítimamente, y la feliz Sophie cedió al fin.

—Puesto que tú lo quieres, así se hará.

Así fué cómo llegó a ser Mme. Bourbeux, y se encontró legítimamente en regla con la ley y con la más estricta moral.

Al casarse con Sophie, Casimir tenía su plan. Para el presente y el porvenir, el reposo que su

trabajadora esposa le aseguraba sin preocupaciones, y todas las exigencias del estómago y de algunas partes cercanas a él. Para un porvenir más lejano, cuando Sophie estuviese ya muy trabajada, había notado que la pequeña Zouzanne, que tenía entonces quince años, prometía llegar a ser una real moza, la cual podía ponerse en venta a buen precio, si un hombre inteligente como él no le consentía darse a cualquier perdido lo que tan caro podía venderse.

Por esto era por lo que Casimir velaba, con pudibundez ostentatoria e increíble, sobre la virtud de Zouzanne, vigilando solapadamente a la muchacha, por las calles, cayendo de pronto y dando pescozones al primer chulo que intentara aproximarse a ella. Saliendo del lecho conyugal, cuyo sommier asmático y ruidoso acababa de despertar a Zouzanne, acostada en la vecina habitación, dijo a la joven que su mamá la llamaba, y dirigiéndola al mismo tiempo un interminable sermón para elogiarle los encantos de la pureza. Con voz temblorosa, le rogó que no deshonrara con su mala conducta a su pobre madre y a su desgraciado padre adoptivo. Luego, mientras las dos mujeres se entregaban a la dura y fastidiosa labor, él se iba a transformar, en variados líquidos en el pequeño bar de la esquina, algunos francos que había distraído durante la noche del bolsillo de Sophie.

Como puede verse, Casimir Bourbeux era un sociólogo de recia envergadura. Pero ignoraba el imbécil que el más poderoso afrodisíaco, el mayor excitante para el amor es la prohibición de amar. Si Zouzanne no había caído ya en la pendiente de su temperamento era porque su deseo era muy refinado, y le parecían demasiado vulgares las cabezas de los adoradores que había conocido. Desde el instante en que Casimir pretendía con aquella intolerable tiranía impedirle que hiciera lo que hacía todo el mundo, las pretensiones de la muchacha, sin que ella se diera cuenta, fueron descendiendo un tanto.

En fin, un día que Sosthene Flambard, el peluquero de señoras, la perseguía con sus asiduidades, y al que respondía siempre riendo, según su costumbre: «No, hijo mío; eres demasiado feo», Casimir cayó sobre ella de repente, y dándole unos cuantos puntapiés un poco más abajo de la espalda, la condujo al domicilio materno, como si hubiera cometido una falta grave. La misma noche, agachada sobre un trozo de espejo colocado en el suelo, la infeliz hacía este doble descubrimiento:

—Tres cardenales en el trasero por causa de Sosthene Flambard... Después de todo, no es tan feo ese muchacho.

Y por esto fué por lo que Zouzanne murmuró, saliendo de una larga meditación:

—; No, no es posible que yo guarde esto durante más tiempo!

Luego añadió, alegre y decidida:

—; Ya está!... ; Adjudicado!... Esta noche se le da a Sosthene la virtud de Zouzanne.

Zouzanne había puesto atención en sus bajos y se había puesto el único pantaloncito presentable que tenía; sin duda alguna, pensaréis que para dirigirse a la cita concedida a Sosthene Flamhard.

Esto sucedía en el bulevar Mortier, que rodean, medio derruidas, las viejas fortificaciones llamadas a desaparecer, puesto que no pueden tener ya otro objeto que defender el XX distrito contra una improbable agresión de los habitantes de Bagnolet.

Pero no era en este género de infusión de sangre en lo que pensaba la pequeña Zouzanne cuando iba camino de sacrificar su virtud. Hacía poco tiempo que en el taller una amiga le había hecho confidencias sobre aquel asunto, puesto que acababa de dar el salto. (Metáfora muy acertada, después de todo, puesto que la ventura dependía esencialmente de mover las piernas.) Con extasiado

semblante, haciendo rodar muchos los ojos, la amiga había contado la deliciosa emoción de las primeras caricias, tímidas en el primer instante, luego cada vez más atrevidas, contra las cuales se defiende enérgicamente por alto, para mejor dejar a las asaltantes manos la libertad de atacar por bajo. Según había declarado la nueva devota de Eros, aquel desvanecimiento exquisito, graduado con ciencia y destreza, había durado mucho tiempo, muchísimo, hasta dejarla casi loca de nervosismo, de excitación, de placer insospechado. «¡Diablo! La primera vez—había dicho la muchacha—el principio es mejor que el fin.» Y Zouzanne, con gran alegría, se dirigía a pequeños pasos rápidos a lo largo del bulevar, en aquella noche pesada y cálida, hacia aquella alegría exquisita, esperada, de largas caricias preliminares. Sin pensar en lo que viniera después, naturalmente.

Surgiendo de la sombra, al lado de ella, una gruesa voz dijo:

—Del recinto sagrado avanza en este momento un joven, un héroe semejante a los inmortales... ¡Voltaire!... Sin rodeos, tenemos no muy lejos de aquí un rinconcito donde podemos dormir al nene.

Al oír estas palabras, expresadas de un modo tan pintoresco y en términos tan poco familiares, Zouzanne reconoció a su futuro vencedor. Sos-

thene Flambard, enamorado de la poesía clásica, recogía de ésta sus dichos con infatigable constancia, citas aprendidas con ahinco en volúmenes descabalados de veinticinco céntimos cada uno, adaptados a la conversación, bien o mal, más veces mal que bien. Lealmente, para que no se le creyera el autor de esta frase, por jemplo: «El día no es más puro que el fondo de mi corazón», decía a continuación el nombre del poeta autor de la cita, lanzada a su gusto, sin otra explicación complementaria, como ésta: «Amor, tú perdiste a Troya»... La Fontaine. Pero el pulimento de su lenguaje no iba más lejos, y los excesos de sus discursos no tenían nada de notables a no ser su exagerada abundancia de términos argóticos, que acentuaba la canalla pronunciación de arrabal.

—Si he venido con un poco de retraso, ha sido porque he querido estar linda para gustarte—respondió gentilmente Zouzanne.

Y ya alargaba ella su piquito para una primera caricia de los sabios besos, desconocidos, enloquecedores, descritos por su amiga; pero Sosthene, con el entrecejo fruncido, no pensaba, cosa muy importanté para él, más en que llegara a su memoria una frase bien retumbante que expresara su pensamiento. Encontrándola al fin, se calmó con su gruesa y solemne voz:

—Mis buques os esperan. Descended de vues-

tro altar para subir a ellos, que os llevarán como reina de los mares... Racine... Vámonos de aquí, querida mía, hay demasiada luz de gas para los enamorados...

Dócilmente, la joven se cogió de su brazo y se fueron, con pasos tranquilos, a buscar un rincón bien oscuro, bien desierto, donde sucediera lo que tenía que suceder.

Pero Zouzanne, aunque iba resueltamente hacia el sacrificio, no tardó en sufrir una pequeña desilusión, que había brotado poco a poco en su corazón. El bulevar no estaba tan alumbrado, después de todo, y ella creía con bastante buen sentido que Sosthene hubiera podido, con el fin de ganar tiempo, entregarse a las primeras caricias de aproximación, las que ella esperaba con tanta impaciencia. Al menos podía haberle dicho cosas dulces y amables. Pero el joven iba a su lado taciturno, serio, demasiado serio, con las manos deplorablemente enterradas en sus bolsillos, con la mente preocupada, sin duda alguna, en la busca y captura de citas con que enriquecer su repertorio. De repente, murmuró:

—¡Diantre! ¡Que no esté yo sentado a la sombra de los bosques!... Racine... Seguramente, Dios mío, que ellos se reírían más dulcemente que reían Meudon o Montmerency.

Y de nuevo volvió a su mutismo, con las manos más inactivas que nunca.

—Por lo visto, para escucharle decir sus versos es para lo que me ha estado siempre galanteando—pensó Zouzanne desilusionada.

El rinconcito oscuro y solitario se estaba haciendo desear demasiado. La voz de Sosthene se oyó nuevamente en calma :

—Así, pues, siempre empujados hacia nuevas orillas, en la eterna noche sin regreso. Nunca podremos con el océano de los años anclar un solo día... Lamartine... ¿Podremos al fin encontrar un pequeño rincón donde echar el ancla?...

—¡Qué bien hablas, querido mío!—murmuró Zouzanne, sin pensar siquiera en lo que decía; pero haciendo un gran esfuerzo por mostrarse amable y un poco más por ver si podía animar un tanto a aquel estantigua.

La gruesa voz de Sosthene, respondió :

—Soy joven, es verdad; pero a las almas bien nacidas el valer no las alcanza con los años... Corneille... Para charlar con espíritu de poesía.

—¡Seguramente!—corroboró sin el menor entusiasmo la embustera de Zouzanne.

Y emprendieron de nuevo la fúnebre deambulación de pobres atareados, inquietos, que buscan en París a la buena ventura un alojamiento sin puerta.

El foso de las fortificaciones se encontraba tras de ellos. Sosthene gruñó :

—Prestadme solamente, vallecitos de mi infancia, asilo para un día... Lamartine...

Al fin descubrieron un rincón del declive, oscuro como lo hubieran deseado, pero ocupado por un viejo vagabundo acurrucado que chupaba una descarnada espina de arenque ahumado. Al ver pasar a los enamorados, este hombre les gritó :

—¡ Eh, Pablo y Virginia !.. Si tenéis necesidad del rinconcito, yo he terminado ya de cenar... Es el último plato, porque hoy no puedo tomar ni postre ni café.

—Entraremos en el bosque cuando nuestros mayores no existan... Rouget de l'Isle—respondió noblemente Sosthene—. Te vas a ir a paseo, viejo emplasto.

El viejo, dócil a las palabras imperativas, se fué murmurando algunas maldiciones. Y los enamorados tomaron posesión del rinconcito de sombra buscado hacía tanto tiempo, modesto paraíso embalsamado por todas las fuertes emanaciones que despedían la carroña amontonada de un gato muerto.

—Por fin voy a saber lo que es esto—pensó Zouzanne, un tanto conmovida a pesar de todo.

Un brazo imperioso ceñía su cintura. Una mano ruda manoseaba sus pequeños senos, brutal como la mano de una vieja portera que coge su tirador de caucho para responder al llamamiento fatídico : «Haga el favor de abrir la puerta.» Prepa-

rando un débil simulacro de defensa, Zouzanne murmuró :

—Basta de trucos, querido mío, eso es falso.

—Nada es más bello que la verdad; la verdad sólo es amable... Boileau—respondió sentenciosamente Sosthene.

Y sus rudos dedos, desagradables, estrujaban más torpemente las interioridades de Zouzanne, cada vez más decepcionada, y que encontraba una gran diferencia entre el brutal escarceo de Sosthene y los éxtasis descritos por su amiga. Pero Sosthene gruñó de repente :

—Hija mía, hay que ceder; ha llegado tu hora... Racine. Ahora vamos a jugar a papá y mamá.

Con las piernas separadas por un bárbaro manoteo, Zouzanne se sintió tendida sobre las piedras punzantes y agresivas. Una pesada masa se lanzó sobre ella, aplastante, impidiéndola respirar, y unas manos torpes se hundieron salvajemente bajo sus vestidos, tirando y arrancando, rompiendo los bajos que se había colocado con tanta alegría, y que tan difícilmente podría reemplazar.

Bajo la violenta agresión, casi ofensiva, tan distinta a las tiernas caricias contadas por su amiga, Zouzanne sintió rebelársele un instinto de disgusto, de protesta. Cerrando sus piernas convulsivas sobre su tesoro aún intacto, plantó diez aceradas uñas sobre el rostro torpe que se inclinaba sobre el suyo. Luego, aprovechando un movi-

miento hacia atrás que hizo Sosthene, en un lamento de dolor y de estupefacción, la joven se deslizó bajo el cuerpo masculino, levantado por un instante. Se puso en pie, cogió una piedra y amenazó con ella a Sosthene.

—¡Grosero!—exclamó con voz furibunda.

—Más vale grosero en pie que emperador enterrado... La Fontaine—respondió el impenitente recitador inclinado hacia adelante y muy descorazonado—. ¿Por qué me has trastornado para luego hacer el buey a cuatro patas?

Sin dignarse responder, Zouzanne huía de allí a toda prisa. Aún oía detrás de ella la gruesa voz del brutal enamorado, que gemía:

—¿De qué me han servido todas mis atenciones?... Racine.

Zouzanne huía furiosa, decepcionada, murmurando con voz llena de rencor:

—Debía habérmelo figurado... Yo estoy dispuesta siempre..., pero con alguno que sea más atractivo que este bruto... Este puerco me ha roto mis mejores trapitos... ¿Cómo voy a darle a cualquiera mi virtud si no tengo unos presentables pantaloncitos que ponerme?

Habiendo salido del taller de costura para ir al magasin, Zouzanne había estado un poco más tiempo ausente que de costumbre. Al volver, por fin, la joven se colocó en su puesto y se puso a sobrehilar una costura con maquina rapidez, diciendo al oído de su compañera de trabajo, la vieja Eloísa Cumouille :

—¡ Amiga mía, hoy sí que va a saltar eso !

—¿El qué?... ¿El Panteón?—preguntó la otra.

—Sí, va a saltar el Panteón—respondió Zouzanne—. Te estoy hablando de mi virtud... En el corredor, que está muy oscuro, acabo de tropezar a Francois Hallebard, el hijo del patrón. Me he apartado para dejarle pasar, como es natural, pero él no ha querido hacerlo... ¡ Oh ! ¿Por qué habrá tomado mis delanteros y mi trasero?... ¡ Oh ! ¡ Qué bien sabe palpar este muchachito !... Unos pellisquitos muy suaves, palmaditas acariciantes y

besitos de pájaro, encantador todo él... Es algo muy distinto de lo que yo he conocido hasta ahora... ¡Y cómo abraza! ¡Mi madre!... Seguro que no tendré necesidad de ventosas sobre la lengua... Esto ya está hecho, ¡y qué ricamente!... En fin, para empezar, me ha dicho que vaya hoy al despacho, a las cuatro y cuarto, en vista de que su padre se marcha todos los días a las cuatro en punto... Hay un diván en el despacho... Así, pues, querida mía, si hay gente, cosa segura y cierta, tan cierto es que mi virtud se va a expatriar para siempre dentro de tres cuartos de hora aproximadamente sobre los cojines de a cien francos la pieza.

—La mía se fugó sobre un montón de bacalaos secos, con un muchacho de ultramarinos—dijo modestamente la vieja Eloísa—. Y así y todo, resultó muy grato... Pero no te fíes de estos cochinos hombres, pequeña; si no eres dura con los hombres, ten la seguridad de que lo serán ellos contigo.

Zouzanne reflexionó un instante; luego dijo:

—No podría ser dura con Francois... Le amo de veras desde hace un cuarto de hora.

El reloj del taller daba las cuatro y cuarto, ni un minuto más, cuando Zouzanne, estremecida de deseo, llamó a la puerta del despacho.

—Entrad—dijeron de dentro.

La joven no se hizo repetir... ¡Cataplum!... Se

encontró, no solamente en presencia de Francois, el lindo muchacho que sabía acariciar, sino también con el padre del joven, que se había quedado en el despacho más tarde que de costumbre.



Cogió una piedra y amenazó con ella a Sosthene.

—¿Qué querías?—preguntó la voz seca del patrón.

Paralizada por la sorpresa, Zouzanne tuvo aún fuerzas para excusar esta respuesta exageradamente idiota :

—Yo... Yo no tengo algodón del número 42...
¿No es aquí dónde lo dan?

El patrón no salía de su asombro al ver que una obrera que llevaba tres años a su servicio no sabía que las bobinas de hilo no se entregaban en el despacho. Miró fijamente a Zouzanne, y vió que sus mejillas estaban rojas como cerezas; luego miró a su hijo, y vió las de éste como dos bisteck crudos. Y murmuró con una sonrisa despectiva:

—Hija mía, se os va a complacer... Francois, haz el favor de ir a casa de madame Quanquefois, en Neuilly, para preguntarle si ha elegido la seda brochada... Coge un taxi... Es preciso que el tejido esté aquí esta misma tarde... Pero, hombre, ¿aun no te has ido?

Con el rostro entristecido, el muchacho tomó su sombrero y salió, murmurando este pensamiento profundo: «La clarividencia es hija de la experiencia...» ¿De qué les servirá a los papás haber venido al mundo mucho antes que sus hijos?... ¿Qué le va a pasar ahora a mi pobrecilla Zouzanne?

La cosa fué muy sencilla. En cuanto salió Francois, M. Hallebard fué a echar el cerrojo. Luego, dijo:

—Hija mía, tu algodón del 42 no es otra cosa que un cordoncito muy arrugado. Tú has venido aquí a hacer porquerías con el mono, ¿no es eso? Así, pues, mi hijo y yo somos poco más o menos igual... Yo soy lo bastante atento para no rehusar nada a mis obreras, y si te agrada, estoy a tu

disposición... Ven a sentarte sobre mis rodillas, mi pequeña rodante.

Y se dejó caer sobre el diván...

Zouzanne, muy razonable, censuraba por lo bajo su encogimiento, repitiéndose con todas sus fuerzas: «¡Anda, vete ya, cacho de sosa!»

Pero una cosa es la razón y otra los nervios en una mujer. Sin que supiera de dónde, a sus labios subían palabras extrañas, incongruentes, inciviles en presencia de un patrón tan poderoso, y con voz lastimera murmuró sin avanzar un solo paso:

—¡Por favor, un instante solamente!... El tiempo nada más que para hacerme a la idea... ¡Oh! Nada más que un instante, se lo ruego...

Hallebard se había puesto ya en pie, irritado.

—¿Para qué?—gruñó—. ¿Ahora vas a hacer la Juana de Arco? ¿Y has creído que yo voy a consentirlo?... ¡Vamos con la inocente ingenua!... Después de haber rodado con todos los recadistas, con mi chofer, con mi hombre de confianza, sin contar los pasantes y militares... ¿Y ahora vas a hacer melindres con tu patrón?... ¿Me has tomado por un idiota, capaz de creer en la virtud de una pécora como tú?... ¡Basta ya de comedias conmigo!... ¡Fuera de aquí!... ¡Vuelve al taller, so puerca!

Y luego, atrincherado detrás de su despacho, con una mejilla muy pálida y la otra muy roja, se

puso a gritar en medio de un turbión de gestos frenéticos :

—¡ A mí una bofetada !... ¡ Una bofetada !... ¡ A la calle !... ¡ Que se la eche a la calle !... Pase usted por caja, ¡ so sucia !...

Cinco minutos más tarde, con un puñadito de billetes en el bolsillo, Zouzanne salía para siempre de la Casa Hallebard, perseguida por la desaprobación general y por la aprobación secreta de Eloísa Cumouille. La pequeña no pensaba más que en la situación que había perdido, en la holganza que la amenazaba. Confusa, estupefacta, indignada consigo misma, Zouzanne pensaba sencillamente :

—¡ Vamos ! ¡ Buena la he hecho !... Si sigo negándome a todos, es casi seguro que ninguno pueda tomármela... Yo no hubiera creído nunca que esto era tan difícil de perder... Cualquiera creería que está barnizada o niquelada esta sucia virtud mía.

Casimir Bourbeux, perpetuamente ocioso, había declarado sentenciosamente :

—La ociosidad es la madre de todos los vicios, comprendido entre ellos la castidad y el sufrimiento por inanición, que es el peor de todos los males... Si Zouzanne ha cometido la torpeza de declararse en rebeldía contra un hombre tan rico como Hallebard, hay que reconocer que ha hecho una gran estupidez, porque podía haberse sumido en las dulzuras de la indolencia y de la abundancia... Está naciéndola falta que la muevan bien... Pero yo me inclino a creer que la costura no es su vocación indeleble... Y como las jóvenes como ella no tienen la suficiente perspicacia para comprender qué hombre es compatible con el mejoramiento de su porvenir, yo mismo voy a ponerme a trabajar para encontrar a Zouzanne una situación conveniente para sus ventajas corporales.

Y desde el siguiente día, con el aire muy fatigado, volvía a su casa este hombre valeroso, clamando con voz triunfante :

—¡ He cumplido con mi deber de hombre familiar y dinástico !... Merced a la prodigalidad de mi agradecimiento, tiene colocado el pie en el estribo para elevarse cuando ella quiera hasta la altura de una Cecile Tambour o de Clara Sorel... A la pequeña la recibirán en Folies Sadiques para figurar en una revista que alcanzará un éxito resonante ; revista de efecto un poco libre, naturalmente, como todas las revistas... Ochenta muchachas en el escenario, y tres metros y medio de tela para pantaloncitos para todas ellas... Hija mía, yo no he de hacerte más que una sencilla observación : cuando nades en los tesoros de la opulencia, no cometas la villanía de olvidarte de tu madre y de tu padre !

—¿Estás seguro de que Zouzanne llegará a ser millonaria?—preguntó desconfiadamente Sophie.

—Es de una certidumbre aplastante ; desde luego, si ella sabe aprovechar bien la ocasión—declaró Casimir—. El arte dramático para una muchacha medianamente linda es el camino que conduce en línea recta hacia el pequeño hotel particular, con espejos por todas partes ; un garaje, un cenador, criados de calzón corto y doncellas a granel... Es preciso no dormirse, naturalmente...

Una juventud que tiene el conocimiento de su honor respectivo y del agradecimiento que debe a sus venerables padre y madre, la delicadeza de su conciencia le dirá que nada debe negar a los señores autores, directores, registradores, comanditarios, actores, abonados, etc., etc., que pueden elevarla hasta el pináculo de la riqueza. . Es una ley de la decencia teatral... ¿Has comprendido, Zouzanne?... Procura no conducirte como una muchacha bien educada con todos estos señores... Así, pues, el director de Folies Sadiques es una providencia que se acuesta todos los días con las muchachas de su teatro.

—¿Y dices que hay allí ochenta?—exclamó la voz admirativa de Sophie.

—Y más...—respondió Casimir—. ¿Para qué negar nada a un hombre que tiene tales costumbres?... Ahora que le he marcado el camino a seguir y el programa de la ceremonia, Zouzanne no tiene más que dejarse llevar para demostrar bien pronto la pureza de sentimientos hacia los autores de sus días, que bien sean auténticos o hipotecarios, han sido con ella muy generosos.

Dos horas más tarde, cogida vigorosamente por la espalda por el puño paternal de Casimir, Zouzanne ascendía sus primeros pasos sobre la escena de Folies Sadiques, incorporada por el momento a una repetición del cuerpo de baile.

Un solo violín se quejaba bajo los gruesos de-

dos de un muchacho de aspecto famélico y estragado. Jovencitas de todos pelajes y de todas edades; niñas que no tenían arriba de diez o doce años y viejas que no tenían lo menos dieciocho. Culotes de a 4,95 francos, o económicos *maillots* de baño, arrugados, descoloridos, repasados. Dos jovencitas en reposo, cubiertas las dos con la misma piel, sentadas sobre la barandilla de una platea. Las otras se movían con actividad o bien posaban en actitudes plásticas, mientras una voz gruesa, acompañada de formidables golpes de bastón sobre el entarimado, murmuraba estas enigmáticas palabras:

—¡Uno, dos!... ¡Cortad! . ¡Salto de gato!... ¡Debajo, debajo!... ¡Por los clavos de San Lázaro! ¡Eso, no, señoras mías!... ¡Stop!... Miradme.

Con la cabeza cubierta por un fieltro colocado de través, una grasienta levita que ceñía su vientre redondo, apareció en medio de la escena un viejecito que parecía un sargento fetirado. Con la batuta bajo el brazo, los bigotes como un cepillo sobre los dientes crujientes por un enorme cigarro, moviendo sus cortas piernas con singular agilidad, expresó la emoción de la virgen sorprendida en el baño, sus gestos asustados, sus manos conteniendo los latidos de su corazón; luego, la curiosidad que se despierta en ella, sonrío; luego sonrío aún mejor al ver el aspecto del joven y bello cazador.

Esto lo había hecho el hombrecillo mucho mejor que las jovencitas atontadas, indiferentes, estúpidas. Pero imitado por aquel pote de tabaco, con aquella cabeza de rana alcohólica, este trabajo tan bien imitado, tan impecable, tan inteligente, no podía resultar más que grotesco y risible.

Además, el viejecito no tuvo tiempo de terminar su demostración. Casimir le interrumpió con un magnífico saludo, muy ceremonioso, tan largo que tropezó a su paso con las piernas inquietas del maestro de baile, y por poco le hace dar volteretas.

—Excusadme sinceramente, señor director— murmuró Casimir—. Querría hablaros algunas palabras para presentaros mi hija Zouzanne, figuranta neófita aquí presente; sobre la relatividad de su brillante porvenir y de sus...

—¿Qué? ¿Qué?—gruñó el viejecito—. ¿Qué es lo que quiere este pícaro?... Si es para traerme una figuranta, que se deslice ella detrás de las otras y que procure imitarlas... En cuanto a usted, moscón, escabúllase, y que no vuelva yo a verlo por aquí... ¡Venir a interrumpir el trabajo de cincuenta personas por una figuranta!... ¡Valiente majadero!... ¡Al tiempo, señoras mías!... ¡Un, dos! ¡Cortad! ¡Salto de gato!... ¡Abajo, abajo!

Y el trabajo comenzó de nuevo, intenso, trepidante, mientras Casimir desaparecía, no se pudo

notar por dónde, amoscado por la cólera furibunda del maestro de baile.

Zouzanne se fué a colocar al fondo, a unirse a una docena de muchachas resignadas, sin talento, sin ninguna clase de conocimientos, contratadas a bajo precio para aumentar la cantidad de carne que se presentaba cada noche a los espectadores. Procurando imitar las actitudes de las demás figurantas y procurando ocultarse tras de ellas para no ser vista, lo joven se decía :

—Parece que no tienen un espíritu demasiado alegre estas gentes... Parece que se trabaja aquí más que en el taller de costura para ganarse el cocido.

Cuando el maestro de baile concedió algunos minutos de reposo a su rebaño, Zouzanne tenía un calambre en la pierna izquierda, tres millones de hormigas en el brazo derecho y una penosa sensación de cansancio desacostumbrado en todo el resto del cuerpo.

Pero en seguida se oyó la voz del maestro que gritaba :

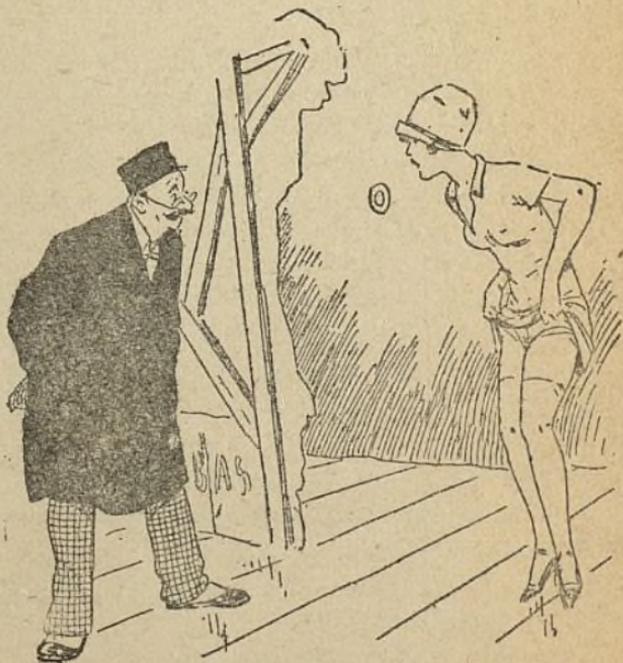
—La nueva figuranta, ¿dónde está?... La nueva figuranta, ¿dónde diablos está?

—Aquí, señor—exclamó Zouzanne acudiendo.

—¡ Acércate !—gruñó el viejecillo—. Vamos a ver tu facha... No está del todo mal... Creo que me convendrás si no eres holgazana ni zamba... A ver, enséñame tus cimientos.

—¡Vaya! ¡Ahora es cuando va a volar mi virtud!—pensó la muchacha.

Después de los consejos de Casimir Bourbeux, se había prometido no ser tan estúpida como con monsieur Hallebard, y de mostrarse dócil y sumisa. Para dar una prueba de su buena voluntad, levantó bien alta su falda, descubriendo sus lindas



Para mostrar su buena voluntad, levantó su falda, descubriendo sus lindas pantorrillas...

pantorrillas, su pantaloncito bien repleto, y luego preguntó con mucha monada :

—¿Es con usted con quien tengo que acostarme primeramente, señor director?

El rostro, de costumbre violeta, del maestro de baile, se volvió casi negro, mientras sus ojos amarillentos parecieron querer saltar de las órbitas como los extremos de unas bananas que hubieran empujado por detrás.

—¡Acostarse conmigo!—gruñó—. Ahora viene con que quiere acostarse conmigo. ¿De dónde sales tú, camello, para creer que yo me voy a acostar contigo? Entérate bien de que Clovis Tournevire lleva cuarenta años en el oficio y no ha tocado nunca a ninguna de sus alumnas como no fuera para darles un sopapo cuando lo mereciesen. Sabe que yo soy un honesto burgués, que tengo una villa burguesa y ocho hijos. ¿Crees que no me causa fatiga el tener que mantener a tanta gente para luego tener humor de acostarme con marranas de tu especie?

Desesperada, Zouzanne sollozaba dulcemente.

Durante el reposo se aproximó a una niña que tenía cara de angelote y parecía la estrella del grupo infantil, que por el momento devoraba un pastel de manzanas.

—¿Hace mucho que es usted bailarina?

—Diez años.

—¿Qué edad tiene usted?

- Trece. Debuté cuando tenía tres.
—¿Y es siempre así de fatigante el oficio?
—Hay sitios donde es más duro todavía.
—Casi me traería más cuenta dedicarme a hacer la carrera.
—Casi seguro—sentenció la pequeña.

En el bar de la esquina, Casimir hizo conocimiento con Sidonio Cubenir, un muchacho inteligente, a quien pusieron en libertad once veces de las dieciocho que estuvo procesado. Interviuvado acerca del mejor medio de lanzar una bonita muchacha, declaró que basta mirar en los anuncios qué pintores quieren modelos, teniendo en cuenta que la pintura ha sido siempre una broma, y que cuando un hombre quiere ver a una mujer desnuda acaba por acostarse con ella.

Y he aquí por qué al día siguiente, acompañada de Casimir, Zouzanne se presentó en casa de Archibaldo Broak, pintor cubista y americano.

El pintor, gigantesco y velludo como un mamuth, aceptó a la muchacha, la dió cita para el siguiente día a las diez y dijo :

—Recomiendo a la modelo un silencio hermé-

tico. Que no hable ni palabra cuando yo me meta en faena.

—¡Vaya! — dijo Casimir —. Si para llegar a buen término necesita usted del silencio, jamás haría la bagatela como es debido con mi legítima, que siempre que, como usted ha dicho, nos ponemos en tarea, no cesa de obsequiarme con nombres de pájaros. Me alegraría que la chica no se pareciera a su madre.

El pintor añadió :

—Exijo también la inmovilidad más absoluta.

—Eso es todavía más curioso—exclamó Casimir—. Mi Sofía, cuando yo opero, se entrega a unas fluctuaciones vibrátiles y torrentosas, y yo le aseguro al señor que a mí eso me resulta muy agradable.

Después de un saludo muy digno, se fué seguido de Zouzanne, que pensaba :

—Nunca creí que mi virtud llegara a ser hecha añicos por un orangután americano.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, la muchacha se presentaba en casa de Archibaldo Broak, preguntándose inquietamente si los americanos resultarían un poco brutos para hacer saltar aquella cosa que todavía no había saltado.

¡Estupor! Fué recibida por la esposa legítima del pintor, una protestante con gafas, quien invitó a Zouzanne a que se desnudara.

La pequeña se fué quitando las prendas una a

una, detrás de un biombo japonés, hasta quedar desnuda. Zouzanne, desnuda, era algo armonioso y bello a la par, capaz de encender la lujuria de Putifar mismo. Aquel cuerpo esbelto, aquella carne fresca y joven... Y mientras se desnudaba, la chica se decía :

—¿Qué pinta aquí esta tía con esos lentes?...
¿Tendrán en su país la costumbre de asistir las mujeres a los devaneos de sus maridos?...

Desnuda como un gusano—como un gusano que tuviera dos senos preciosísimos—, salió de detrás del biombo con las manos puestas en el sitio en que las lleva la Venus del Capitolio, es decir, tapándose lo que para cumplirse el propósito de mandar a paseo su virtud necesitaba estar más al descubierto.

Archibaldo estaba ante un caballete y su mujer ante otro.

—Súbase sobre la mesa — dijo secamente el pintor.

Todo aquello a Zouzanne le parecía muy raro. Primero, el que la mujer estuviera presente; después, sobre una mesa... ¡Buenos colchones de miraguano le preparaba el americano para la pérdida de su doncellez!

—Tome usted la pose que quiera—añadió el pintor.

—En ese caso, me quedo como estoy—dijo la

chica, que obstinadamente continuaba tapándose una parte vellosita de su fisiología.

Pasó algún tiempo en el que el marido y la mujer pintaban con furia, cada uno en su lienzo. Zouzanne lamentaba no haberse tumbado a la larga, ya que le permitieron elegir postura, y retiró las manos de aquel lugar donde las tenía puestas.

De pronto estalló una discusión artística entre el marido y la mujer acerca de las excelencias del cubismo o del cicloidismo, disputa que aprovechó Zouzanne para concederse un descanso, y curiosa por ver si su retrato estaba bien, se acercó desnuda al cuadro de Archibaldo. Su primer ensayo de crítica artística se manifestó en estas palabras exentas de pedantería:

—¿Esa soy yo? ¡M...!

Y continuó muy vejada:

—¡Ni siquiera ha sabido copiar la bonita pose en que me habían colocado, este asqueroso. ¿Yo tengo un pezón verde y el otro azul? ¿Eso es mi preciosa barriguilla? ¿Y ese triángulo quiere ser mi bonita manchita que apenas si se destaca entre mis muslos?... ¡Asqueroso, asqueroso!

En cuanto a la obra maestra cicloidista de la señora Broak, Zouzanne no se podrá explicar nunca cómo la dama podía haberle visto redondo como una circunferencia lo que bajo su vientre formaba un triángulo tan delicioso.

La disputa matrimonial se apaciguó, y Zouzanne

fué a recobrar su pose bajo la indicación de Archibaldo.

Cuando la última campanada de las once sonó, el mamuth dejó la paleta exclamando :

—Terminada mi obra.

Un cuarto de hora más tarde Zouzanne se encontraba en la calle, llevando en la mano un billete de diez francos que generosamente le había dado Archibaldo por una hora de pose.

Contenta en el fondo por no haber debutado con un gorila, aunque humillada de haberse desnudado delante de un hombre sin resultado alguno, se dijo a sí misma :

—Me parece que no me voy a poder desembarazar nunca de mi virtud. Tendré que ser yo la que viole a algún cretino para conseguirlo.

Soffa y Zouzanne estaban tranquilas. Por haber pegado a un guardia que le impedía que continuara bebiendo a crédito, Casimir había sido condenado a una quincena.

Como Zouzanne había encontrado trabajo en otro taller, las dos mujeres, con sus salarios reunidos, lo están pasando mejor que de costumbre, por lo que la pequeña dijo :

—Mamá, se pasa mejor la vida cuando tu hombre no está aquí.

A lo que Soffa respondió filósofa :

—Lo paso mejor a ratos. Pero otros... Ya verás, hija, cómo no tienes la misma opinión en cuanto te hayas entregado a la bagatela.

Zouzanne regresaba del taller en el «Metro». Hecho inevitable que la permitía ir congestionada entre cinco o seis señores a quienes su vigor masculino permitía aprovecharse bien del trayecto.

Hecho un poco menos inevitable, pero igual de frecuente, Zouzanne sintió que la pellizcaban en el trasero. ¿Quién? Cosa difícil de averiguar en el «Metro». De todas formas, rozando los senos con dos o tres señores, la pequeña logró dar la vuelta, y entonces vió que aquel pellizco era una cosa escandalosa e innoble, porque no se lo había dado un guapo mozo, sino un viejecillo que tenía la cara como la de un chimpancé lúbrico.

¿Qué hacer? ¿Armar un escándalo? Tal vez no fuera conveniente. Porque aquella gente tendría prisa y le debía importar muy poco el que a Zouzanne le acardenalasen o no los muslos. Y la muchacha, por huir de aquellos dedos rudos que así profanaban sus virginales piernas, se apretó cuanto pudo entre el pecho y la espalda que tenía delante.

¿Quién era el que gruñía? ¿El del pecho contra el cual, sin mal pensamiento, estrujaba Zouzanne su pezón izquierdo? Levantó los ojos. ¡Un guapo mozo!

La chica no quiso ser tomada por lo que todavía no era, y se disculpó:

—Perdóneme, señor. No sé lo que hacer para escapar de un sátiro viejo que me pellizca en el trasero.

Y el joven le preguntó:

—¿Toma usted todos los días el «Metro»?

—Sí, señor; todos los días en la estación de la Opera.

Pasaron ocho días y Zouzanne estaba loca por el bello querubín, que le había dicho llamarse Gastón Clarinet, y que era un empleado sin un céntimo. Era muy gentil, pero muy tímido, porque se encontraban cada día en el «Metro», y el anterior únicamente se atrevió a manifestarse menos respetuoso, y ambos decidieron que la virtud de Zouzanne saltaría hoy en una alcoba de hotel que Gastón había retenido en las proximidades del «Metro» Gambeta.

Ante la casa donde trabajaba Zouzanne, Casimir, oculto tras un auto, se decía:

—Lo esencial por el momento es impedir que Zouzanne haga locuras. Ese empleadillo no puede corroborar el porvenir catapultuosamente fiduciario a que tengo derecho dadas las condiciones corporativas y fisonómicas de Zouzanne... ¡Aquí está la chica!

Zouzanne salió a toda prisa y enfiló hacia la estación del «Metro». Al llegar allí, un brazo la cogió por el talle. Una estación, otra, otra más, Gambeta... Alegre y rápida huída de dos gorriones. A la izquierda... Sólo faltan diez pasos...

Dos manos brutales separan a los enamorados y una voz ronca exclama:

—Llego en el momento oportuno, hija desnaturalizada, para impedir que deshonres a tu familia.

Es necesario que salga yo de la cárcel para enseñarte lo que es moralidad. Usted, infame seductor, deje el campo libre o le hago arrestar por corrupción de menores. Y tú, a casa. ¡A casa te he dicho!

Ante la potente autoridad paterna, Gastón se eclipsó.

Zouzanne se llevó la mano a donde la había tenido puesta cuando posó para el pintor cubista y se dijo:

—Seguro que esto está embrujado... Cuando parece que va a desaparecer es cuando más seguro está. A mí me han hecho herejías aquí, ¡palabra!

Zouzanne estaba encerrada en su alcoba con dos vueltas de llave. Un copioso montón de ropa para repasar permitía a Casimir darse cuenta a su regreso de si la chica había perdido o no el tiempo.

Casimir, hacia las seis, viajaba en el «Metro». En la plaza de la Opera vió a Gastón, febriciente y como alocado, que salía a pisar el asfalto de la calle.

El padre adoptivo de Zouzanne echó a andar detrás de él. Con paso incierto, Gastón se metió en la rue de la Paix y entró en un suntuoso magazzino de bisutería.

Con la nariz pegada al escaparate, le vió Casimir abrazar a la enorme dama que estaba en la caja. Retrocediendo un tanto, miró el nombre de aquel almacén: «Clarinet».

Un jornalero se acercó al escaparate y bajó las

persianas metálicas. Casimiro le examinó y después se dijo :

—No debe ser tomando gaseosas como a este hombre se le ha puesto la nariz tan encarnada. Seguro que antes de regresar a casa se cuela en el bar donde tenga la inveterada costumbre de embriagarse.

Media hora más tarde, en un bar de las cercanías, Casimir y el jornalero que había bajado las persianas cambiaban afectuosas confianzas, como ocurre siempre que dos amigos han vaciado juntos algunos vasos, y sobre todo cuando se está de acuerdo absoluto acerca de quién de los dos ha de pagar el gasto.

—Entonces—preguntaba Casimir—, ¿no tiene más que un hijo el mono de tu amo?... ¿Un solo hijo único, solitario e individual llamado Gastón?

—Tan cierto como que tienen un ron excelente en este bar.

—¡Patrón, dos copas de ron! ¿Y ese hijo único y solitario que se ha reintegrado a la oficina en el momento mismo en que salías tú a echar las persianas y que ha abrazado torrentosamente a la patrona, es hijo de esa madre verídica y concepcional?

—Justamente.

—¿De cuánto podrá ser rico, por herencia sucesorial, ese hijo único y solitario?

—No me han dado a contar los millones que

tienen. Sé que hay mucho dinero, tan cierto como que aquí dan un vino blanco que hace pasar el ron que antes nos dieron.

—Deja el vino blanco, y adiós, amigo, hasta que tenga la alegría de volverte a ver.

Y Casimir se fué pensando :

—Tienen millones; luego yo tuve la coladura padre al interponerme. Pero ¿cómo podía yo suponer que el hijo de un millonario se iba a transformar en un empleadillo por el gustazo de verse amado por sí mismo?

Una hora más tarde, este ser infatigablemente paternal llegaba a su casa.

Haciendo como que no se fijaba en que Sofia había puesto en libertad a Zouzanne, dejó escapar estas magnánimas palabras :

—Yo no soy un padre bárbaro ni antropofágico, ni quiero que Zouzanne pase ninguna pena. Mañana la conduciré al taller para que pueda reanudar los nudos de afección con Casimir Clarinet.

Y Zouzanne se quedó pensando, y poniéndose la mano donde ya se la había puesto en otras ocasiones :

—¡ A ver si de una vez se llevan esto !

Zouzanne estaba a las seis de la tarde en la estación del «Metro»; pero Clarinet no compareció. ¿Cómo hacerle saber que no estaba dispuesta a otorgar su virtud a otro que no fuera él?

Su virtud; bueno, aquella cosa parecía que se la habían aprisionado con lingotes de hierro, que la tenía soldada y que no se desembarazaría jamás de ella.

Viéndola entrar pálida y agitada, Sofía comprendió que la muchacha no había entablado aún conocimiento con el pequeño objeto que tenía un hueco tan grande en sus preocupaciones maternas.

—¿Es que no sirve para quitarte tu virtud el gigolo que habían elegido?—le preguntó.

Zouzanne contó llorando lo que había sucedido.

De la habitación contigua salió la voz de Casimir :

—No llores, pequeña. Mañana iré a buscar tu Clarinet.

Al día siguiente, Casimir fué a caer, a la hora del aperitivo, en el bar donde a aquella hora debía encontrarse el jornalero de la joyería.

Después de una conversación agradable, en la que casi no se ocuparon de otra cosa que de la comparación entre las distintas bebidas alcohólicas, Casimir insinuó :

—Y el mono de tu amo, ¿cómo va?

—No lo sé, porque desde ayer está de viaje. Ahora que yo preferiría una copa de anís a...

—¡Mozo, dos copas de anís!

—Es una historia. El chico se presentó a los padre y lagrimeando les dijo : «Amo a una costurera y quería hacerla mi querida ; pero el padre de la muchacha se opone con cuentos sobre el honor familiar. Por eso os pido autorización para casarme con ella.» A lo que su papá contestó : «Me parece bien que te cases con una costurera, sólo que quiero que tenga un millón de dote.» Y como Gastón le dijera que la chica estaba poco menos que en pelota, el padre le contestó : «Pues mañana te llevo a Londres, a casa de tu tío, hasta que se te olvide ese capricho.»

Cuando regresó a casa Casimir, exclamó brutalmente :

—Gastón Clarinet es una personalidad asquerosa, infamante y desvergonzada en la que Zou-

zanne no debe volver a pensar. Se ha embarcado ayer para Australia.

Zouzanne se encerró en su cuarto, se quitó las ropas hasta aparecer en aquella estupenda desnudez que no había conseguido alumbrar al pintor cubista; aquella desnudez de nardos y de rosas que todavía conservaba intacto su precinto, y se tiró boca abajo sobre la cama. Los gemidos y los sollozos que daba agitaban su traserito torrencialmente, y la pobre chica se pasó la noche en cueros y llorando sobre la perfidia de los hombres que se escapan a Australia sin querer hacer a las mujeres el favor de hacerles saltar, de hacerles saltar; bueno, aquello que estaba tocando a la colcha.

Sofía, Zouzanne y Casimir salían para dar un paseo, vestidos con su mejor indumentaria, cuando al llegar al portal la portera les entregó una carta. Como Zouzanne sabía leer y escribir correctamente, tenía derecho indiscutible de coger la misiva.

—¿Qué quiere decir esto?—dijo después de haberlo leído en voz baja—. Un notario que invita a la señora Sofía Bourbeux y a su hija a la apertura del testamento del difunto Alejandro Baliveau. Y bien, ¿esto qué es?

Sofía se había desvanecido. Zouzanne y la portera la asistieron, mientras que Casimir se precipitaba al bar de la esquina para reponerse con un par de copas de coñac.

Al salir de su síncope, Sofía exclamó:

—¡Tu padre, Zouzanne, tu padre! No había vuelto a saber nada de él.

—Si ha hecho testamento y les llama a ustedes es porque les ha dejado algo. No se testa cuando se tienen setenta y cinco céntimos. A lo mejor heredan ustedes mil francos.

—¡Mil francos!—exclamó Casimir—. Jamás he tenido el honor de concertarlos en mi bolsillo. Mis gatas, he aquí justamente un autobús que nos llevará a casa del notario.

Ante el escritorio se conyino en que Casimir se quedara esperando, ya que a él no le habían convocado. Eso no le molestaba, porque allí cerca precisamente había un bar. En los raros momentos en que no estaba ocupado en llevarse el vaso a la boca, este hombre previsor se esforzaba en calcular cuántos aperitivos se podría tomar con mil francos.

No muy sereno de la víspera, era presa de una nueva y soberbia borrachera en el momento en que llegaban las dos mujeres y le llamaban con grandes gritos desde la acera de enfrente.

—¿Cuánto?—preguntó mientras cruzaba la calzada a galope.

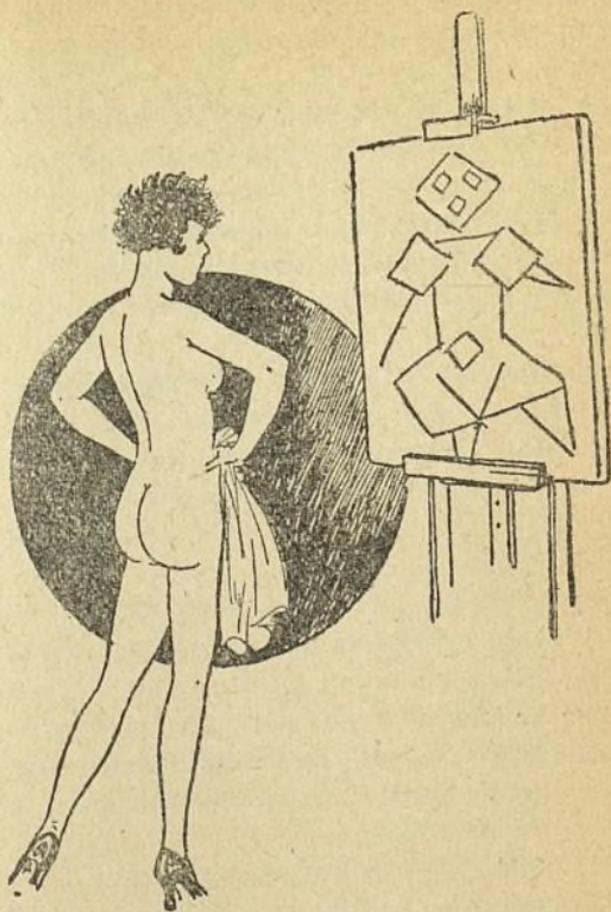
Pero es necesario que las mujeres metan siempre absurdas historias sentimentales en los asuntos serios.

—¡Es él! ¡Es el padre de Zouzanne!

—Estuvo mucho tiempo en la miseria...

—¿Cuánto?—interrumpió Casimir.

—No sé. El notario no ha dicho el número de



—¿Esa soy yo? ¡M...!

años. Pero terminó por ganar dinero. Ya sabes que hubo muchos que se enriquecieron...

—¿Cuánto os digo?

—¿Cuántos se enriquecieron? No lo sé. Mucha gente. Se casó y tuvo un hijo; por tanto, no pensaba para nada en Zouzanne; pero en un accidente de automóvil resultaron muertos la legítima y el hijo y él gravemente herido. Como no tenía herederos directos, pensó en su hija ilegítima...

—¿Cuánto? ¿Cuánto?—barbotó Casimir.

—Seis..., seis...—sollozó Sofía.

—¿Seis francos? ¡Valiente guarro! Para eso no se molesta a personas honorables.

—No... Seis mil...

—Tampoco es excesivo.

—Espera—le dijo Zouzanne—. A mamá le deja seis mil francos de renta anual, y a mí, un millón.

—¡Un millón!—exclamó Casimir con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Un millón de francos! Pero ¿cuántos aperitivos se podrán tomar en este mundo con un millón?

Después, como estuviera agitado por el choque formidable de la inmensa ola de alcohol que creía ver ante sus ojos maravillados, Casimir cayó sobre la acera víctima de una congestión.

El doctor dijo que todo auxilio era ya inútil, y el cuerpo de Casimir fué llevado a su domicilio,

siendo así la primera vez que el hombre pasó sin entrar por delante de la puerta del bar de la esquina.

Aquel día los acontecimientos se multiplicaban, porque aun hubo otra carta en la garita de la portera. Para Zouzanne esta vez.

Latiéndole el corazón con violencia sin saber por qué, la pequeña buscó antes que nada la firma.

— ¡Gastón!

Con una rapidez de la que no se creía capaz, devoró el texto.

He aquí lo que decía la carta :

«Mi adorada Zouzanne : Me ha sido imposible darte antes noticias mías ; mi padre me trajo a Londres y ha ejercido sobre mí una estrecha vigilancia para impedir que te escribiese.

»Yo le había pedido autorización para casarme contigo ; pero un gran inconveniente, querida : yo soy hijo de un millonario y no un empleadillo de mala muerte como te había dicho.

»Mi padre tuvo la atroz ironía de responderme : «Yo quiero que te cases con una costurera, con la condición de que tenga un millón de dote.» Después me ha traído aquí, imaginando, el insensato, que te olvidaría pronto. Al fin se acaba de ir a París y yo puedo escribirte.

»Yo te amo más que nunca, mi Zouzanne que-

rida, y te juro no ser de ninguna mujer que no seas tú. Si es necesario, esperaré a mi mayoría de edad para que nos casemos. Pero tú serás mía, Zouzanne, si te avienes a esperar el regreso del pobre exilado.

»¡Valor, paciencia y fidelidad! Esa debe ser nuestra divisa.

»Escribeme a vuelta de correo para decirme que me amas siempre, que no has amado a nadie más que a mí y que es inútil que me arroje al Támesis, como lo haría si supiese que tu pequeño corazón no es mío.

»Te adora más que nunca, *Gastór.*»

Magníficamente sincera, Zouzanne lloriqueó.

—¡Querido mío!—exclamó—. Yo no he dudado un instante de que Gastón me amaría siempre.

Después, marchándose al galope hasta el más cercano puesto de Telégrafos, expidió este maravilloso telegrama:

«Tengo un millón de dote. Casémonos a toda prisa.—*Zouzanne.*»

EPÍLOGO

Han pasado ocho días.

Habiendo empeñado su cronómetro para pagarse el viaje, Gastón ha regresado de Londres pensando en Zouzanne y en su virtud. En seguida la ha presentado a sus padres, que la han encontrado encantadora, adorable y deliciosa, porque aquella misma mañana habían tenido una entrevista con el notario del difunto Alejandro Baliveau.

Los jóvenes son novios, y he aquí a Gastón que llega por primera vez a casa de Zouzoune para hacerle la corte.

No en el cuartucho que vivía antes en un sexto piso.

Sofía y Zouzanne están establecidas en un piso estupendo, como verdaderas rentistas. Gastón llegó con un magnífico ramo de flores. Alegría, de-

lirio, castos besos de él en los pezoncitos de la chica.

Soffia cogió el ramo y suspiró :

—¡ Qué lástima que tengan que pudrirse aquí estas flores ! ¡ Qué bien estarían sobre la tumba de mi Casimir !

—Es una gran idea, mamá—exclamó Zouzanne—. Corre a llevárselas, ahora que todavía están frescas.

Y Soffia se apresura a marcharse, alegre por dos cosas : por llevarle las flores a su difunto, que no era tan mal hombre como a la gente le había dado por decir, y por hacer el viaje en la plataforma de un tranvía, junto a un preceptor que se incrustaba en ella todo lo que podía, y que desde que la sabía viuda y rentista, en lugar de hablarla de ir juntos a pasar media hora en la habitación de un hotel, le insinuaba proposiciones matrimoniales.

Así es que se marchó a toda prisa para cumplir sus deberes acerca de Casimir y para no perder el tranvía en que viajaba el probable sucesor del muerto.

Los moralistas más austeros os dirán que una vida bien ordenada implica un prudente equilibrio entre los deberes hacia los otros y los deberes consigo mismo.

Cuando se oyeron sus pasos en la escalera, por si se le ocurría volver, Zouzanne cerró la puerta con doble vuelta de llave.

Los dos novios estuvieron solos durante tres largas horas.

Es natural que durante tanto tiempo no estuviesen de pie, sino que buscaran para sentarse el objeto más blando y más confortable de la alcoba.

Y este objeto fué un diván vasto y profundo.

Sin necesidad de ponerse de acuerdo, ambos marcharon al unísono hacia aquel mueble acogedor, lentamente y enlazados.

Después, Gastón murmuró algo en el oído de Zouzanne.

La pequeña respondió, toda colorada y toda estremecida ya :

—¡ En un frigorífico entonces ! ¿ Crees, querido, que se va a conservar hasta el día de nuestro matrimonio la virtud de tu Zouzanne ?

Cayeron juntos sobre el diván.

Sin hacerse el menor daño.

Unos segundos después había al pie del mueble, encima de varias prendas de vestir masculinas y femeninas perfectamente aglomeradas, una combinación de color rosa.

La combinación no era de Gastón, sino de Zouzanne, lo cual quiere decir que la muchacha se había quedado desnuda, y todo su precioso cuerpo no hacía más que estremecerse esperando el minuto definitivo, el minuto que tanto había tardado en llegar.

¿ Cómo ?

¿Qué estáis diciendo?

¿Que si Zouzanne tenía la mano puesta en el mismo sitio que se tapó cuando estuvo desnuda ante los pintores americanos?

¡Vamos, hombre! ¿Queréis no decir bobadas?

Zouzanne no se tapaba nada, absolutamente nada; dejaba el camino libre a las iniciativas de Gastón; por eso fué por lo que su virtud se marchó aquella tarde, como nosotros vamos a marcharnos también para no incomodar a la pareja, que ya sabéis que tienen labor para tres horas.

Y no es cosa de que nos quedemos aquí viéndonos maniobrar.

¡Vamos, me parece a mí!...

FIN